

gundo, instituidos los curas por el público poder para bien de todos, siguiese como consecuencia indeclinable, que todos deben designarlos. Tercero, designados por todos, á su vez deben todos por medio de sus representantes en las Asambleas nacionales, decretarles los beneficios que han de percibir, siempre subordinados á la utilidad general. Por este camino y de esta manera se constituyó la organización civil del clero.

Decía Fenelón al morir, con la doble vista de profeta, prestada por el genio y por la proximidad de lo eterno de su alma sublime, cómo se acercaba una revolución súbita y violenta, la cual, bien lejos de moderar el poder excesivo de la realeza, lo extirparía desde las raíces al tope sin remedio. Y á la caída de tamaño árbol caerían las yedras que á veces le superaban en estatura y en frondosidad. Entre tales aditamentos del Estado, no había ninguno como la Iglesia. Y se atrevieron los innovadores con la Iglesia. En su ataque asaltaron ciegos la secular institución y en su resistencia también ciegos la defendieron los creyentes. Podían los innovadores definir y disponer las relaciones entre su Iglesia establecida y su Estado nuevo; no podían organizar la Iglesia, organizada por los cánones, ni cambiar su disciplina, que la Iglesia cree de origen análogo al origen de sus dogmas. Así Pío VI fulminó toda la reserva de antiguas excomuniones, que le habían dejado los siglos, sobre la revolución. Alegráronse los impíos porque perdían el Pontificado en los embates de la terrible lucha tanta fuerza propia cuanto esgrimía contra la revolución invencible. Y los curas, aun aquellos más liberales, tomaron pretexto del anatema de los Pontífices para desavenirse de los revolucionarios. En el clero constitucional sólo quedaron los rebujos de aquella sociedad, cuya salvación hubiera estado en unir la Iglesia secular con la democracia progresiva. Pero, entre los anatemas del Papa ortodoxo al dogma jacobino, y del Papa jacobino al dogma cristiano, se armó una guerra de ideas que precedió á la guerra de fuerzas; mostrando en el espacio los disentimientos arraigados ya en el espíritu. Pío VI expidió sobre los revolucionarios bulas ordenadas con arreglo al puro derecho canónico, valiéndose de su autoridad; y los revolucionarios, valiéndose de su imprenta expidieron á su vez contra el Papa libelos, como uno, entonces famoso, que se titulaba «Pío VI en el infierno». Y esta guerra no tuvo tregua. El cuatro de Mayo de mil setecientos noventa y uno pasó ridícula escena que recordaba en sus incidentes la quema por Lutero de la bula, escrita contra él por León X, en que condenaba tanto su persona como sus escritos. Parece, decían los periódicos del tiempo, que bula del Papa existe con imperiosa dirección á cardenales, obispos, arzobispos, al clero y pueblo de Francia, en la cual se desahoga su pontificio pecho, diciendo injurias contra la nación francesa y su libertad, declarando nulas é ilícitas las postreras elecciones de curas, y aperebiendo á los elegidos, para que los acepten bajo pena de una excomunión mayor inapelable, cuyos efectos los privarían de la Comunión y de la Extremaunción en sus momentos últimos, así como después de la sepultura eclesiástica. En respuesta, cierta sociedad patriótica manipuló con

arte sumo una farsa, é hizo pelele ridículo representando el Papa, contra quien asestó una fiscal acusación, quemándolo, después de haberle notificado cuantos cargos debieran imputársele, con tal remedo de los antiguos tiempos y de las inquisitoriales magistraturas, que se le arrancaron primero, anillo, báculo y tiara con solemnidad, y luego se aventaron las cenizas dejadas por los restos de su bien compuesto simulacro y efigie. El Palacio real hirvió de gentes, á la ceremonia convocadas; el tablado, en que había de presentarse la figura del Pontífice, fué con arreglo á planos, que copiaban lugares santos; erigidos los altares de ignominia, compuestos para la befa y el escarnio, se asemejaron á los altares donde la Iglesia celebra los sacrificios incruentos que han abolido en las aras el holocausto de las víctimas cruentas antiguas y roto las cadenas de los siervos históricos; y las bulas y las efigies del Pontífice ardieron, como tres siglos antes ardieran las bulas de León X, quemadas por mano de Lutero en Witemberg. Imposible detenerse ante la hoguera en que ardía la efigie de Pío VI y la bula por Pío VI lanzada contra los furios de la revolución política del siglo décimo-octavo, sin acordarse de la precedente bula del siglo décimo sexto, consumida también por Lutero en las llamas de una hoguera, cuyas pavesas fueron como semilla del espíritu que brotaba en fines del siglo décimo-octavo y como germen de las instituciones que ahora se dilatan por el mundo.

La controversia teológica de Leipzig, tras la cual quemó Lutero los papeles ó bulas del Papa, sirvió tan sólo para que llegase á extremar el monje la disección, de antiguo emprendida, en el silencio de su gabinete, sobre los títulos y los derechos de la autoridad pontificia. Después de esto, un hecho gravísimo exacerbó sus pasiones y agravó sus trabajos, la sentencia condenatoria de sus ideas, dada por Universidades importantes. Su corazón herido, su conciencia indignada y hasta su amor propio maltrecho, revolviéndose contra semejantes fallos que creía injustos; y extremaron el derecho á la natural y legítima defensa. En tal exaltación de sentimientos, en tal fanatismo de ideas, en los fragores de tamaño combate, León X, á quien combatiera siempre, apareció á sus ojos cual apareciera el perseguidor Nerón á los ojos de los primeros cristianos, como el Anti Cristo de la tradición como la bestia de la Apocalipsis. Así, en sus sueños, veía descender de las alturas los ángeles exterminadores, dirigirse á la proterva Babilonia, madriguera de alimañas feroces y caverna de aves nocturnas, que adulteraba con todos los Reyes de la tierra y bebía el vino de todas las prostituciones juntas; cubierta de llagas desde los pies á la cabeza y exhalando un hedor que emponzoñaba y obscurecía con sus vapores hasta la atmósfera del cielo; vil meretriz, que entrega por dinero sus favores; objeto de codicia para los mercaderes, de deseo para los voluptuosos, de alimento para todos los vicios; circuida de traficantes que se lucran desatentados con sus gracias y de borrachos que duermen el sueño de la embriaguez en sus enflaquecidos brazos; blanco único de todos los rayos de la tempestad y de todas las cóleras del Eterno. A la verdad de este lenguaje apocalíptico latía la más

terrible cólera. Por estos minutos decisivos de su historia, á estas horas solemnes de su vida, en estas transiciones desde un punto á otro punto de su fe, Lutero sentía como arder la sangre en las venas y subirsele aquella savia primaveral del pensamiento nuevo á la conciencia, encenderse el genio de la destrucción y de la ruina en su mente, desatarse las cóleras de todas las pasiones guerreras en su corazón, como para levantarse, á manera de una sombra gigantesca ó de un Titán legendario, en asombroso asedio, contra la Roma, que, por espacio de tantos siglos, había en su seno llevado la autoridad temporal sobre la tierra y la autoridad espiritual sobre la conciencia. Todo, pues, le incitaba con provocativa incitación al combate.

Y cuando todo le incitaba con provocativa incitación al combate, aparece la bula de León X, causa ocasional del rompimiento. No podemos desconocerlo y por lo mismo no podemos negarlo; Roma estaba en el caso ya de proferir una palabra suprema y solemne acerca de Lutero. No lo hizo, sin embargo, sino después de consultas, de meditaciones, de larga y profunda reflexión. El Papa de los florentinos; el Papa de los artistas; el Papa de los platónicos, para quien la Academia equivalía en el fondo á la Iglesia y Platón á Jesucristo, educado en la nueva Atenas, entre aquellos Médicis que tanto se parecían á los Alcibiades y á los Pericles, con los ojos empapados en las líneas de los iris de Rafael, con los oídos hechos á la entonación de los períodos ciceronianos, en comercio continuo con la antigüedad y en adoración perpetua de los bajorrelieves recién hallados y de las clásicas estatuas recién descubiertas, debía sentir una especie de respeto invencible, al encontrarse frente á frente de un orador tan grande como Lutero, el cual vertía muchos errores, sí, pero en arrebatos de una elocuencia que ya se reía y chanceaba, como la comedia, ya se dolía y lloraba como la tragedia, ó ya tomaba los acentos sublimes y la grandeza colosal de una apopeya. El Sacro colegio se congregó bajo la presidencia de León X; y después de maduro examen decidió, con dolor, pero con resolución, la suprema sentencia. Pocas obras tan transcendentales á la Iglesia como la bula contra Lutero, encomendada en su redacción al cardenal Accolti. Inútil decir que, documento pontificio de aquel tiempo, brillaría por la corrección perfecta del estilo y la castidad inmaculada del lenguaje. Obra esencialmente gramatical y retórica, obedeció en todas sus partes á las leyes naturales de la palabra y de los tropos. Nada en ella disonante, nada de mal gusto, nada atrevido ni en materia de lenguaje ni en materia de expresión; pero le falta el ardor de la fe y la intimidad del pensamiento. En el abuso de las alegorías, en el aspecto de drama que tiene, en la aparición de personajes varios, en los apóstrofes continuos échase de ver el carácter más bien artístico y literario que religioso y moral de la Roma del Renacimiento. Los ciegos se abren como en una decoración del teatro; el Padre Eterno se levanta como en un fresco de la Sixtina; el clero gime como en una escena dramática; San Pedro aparece en el incidente más artístico; San Pablo habla como si hablara en los diálogos platónicos; las nu-

bes arboladas brillan cual en cuadros de la escuela toscana, los ángeles y los profetas aparecen paganizados en los formas clásicas; y todos los tronos y todas las dominaciones se asocian á esta vastísima composición cual pudieran los coros de una antigua tragedia asociarse á un grande argumento. Mas, después de haber invocado tantas virtudes celestiales, después de haber reunido tales sobrehumanos arquetipos, después de haber alzado en los proemios de su obra toda la corte celestial, reduce el asunto á demandar á Lutero de nuevo una retracción, á exigirle otra vez la presencia en Roma, y á prometer los gastos del viaje: triste y diminuto corolario de tan alto y trascendental documento.

En cambio, hay mucho de grande, mucho de sublime en las angustias que asaltaban á Lutero al pasar de un hemisferio á otro hemisferio de la Historia, Imagináos el asombro de los primeros navegantes que circubalaran la tierra en el momento de atravesar la línea equinocial: imaginaólos en aquellas calmas que pudren casi sus barcos; en aquellas perturbaciones de la aguja magnética que taladran el corazón ansioso por creer perdido todo el rumbo; en aquel cambio de la estrella boreal por las manchas australes; imaginaólos en su anhelosa incertidumbre, y tendréis una idea del dolor que sentiría Lutero al abandonar el claustro que encerrara su alma, las reliquias que besaran sus labios, el sayal pegado como la piel de su cuerpo á los huesos, la iglesia en cuyos altares campeaban las efigies de sus santos patrones, y en cuyos pavimentos los sepulcros de sus ciegos progenitores; para ir á nuevas ideas pensadas ya por su inteligencia, pero no bien sentidas por su corazón, que de arriba á bajo se desgarraba sin remedio, al tener que separarse de todo cuanto había querido y respetado sobre la faz de nuestra tierra. Él mismo nos describe, dirigiéndose á Erasmo en su libro de «Siervo arbitrio», cómo le detiene el número de tantos eruditos, el consentimiento de tantos siglos, el concurso de tantos hombres instruidos en los sagradas letras, el nombre de tantos mártires glorificados por múltiples milagros. «De aquel lado exclama, se encuentra la erudición, el genio, el número, la grandeza, la altura, la fuerza, la santidad, los milagros: ¿qué no tendrá hoy aquel lado? Del mío Wiclef y Lorenzo Valla, y después Lutero, un pobre hombre, nacido ayer, sólo con algunos amigos que no tienen ni tanta erudición, ni tanto genio, ni el número, ni la grandeza, ni la santidad, ni los milagros, entre todos no podíamos curar un caballo malatón. ¿Qué somos nosotros? Lo que el lobo decía de Philomela: «tú no eres más que una voz». Lo confieso, mi caro Erasmo, con razón cavilas ante todas estas cosas; también yo he vacilado hace diez años. ¿Podía yo creer que esta Troya, la cual había victoriosamente resistido de luengos tiempos á numerosos asaltos, iba tan pronto á caer un día? Testifico en Dios y en mi alma que perseverara en mi temor y vacilara en mi empresa, si mi conciencia, si la verdad no me hubiesen constreñido á hablar. Yo no tengo, y tú lo sabes bien, amigo mío, un corazón de roca, y aunque lo tuviera, combatido por tantas tormentas y tempestades,

se hubiere roto en mil pedazos, cuando toda esa secular autoridad se desplomaba sobre mi frente, como un diluvio capaz de confundirme y de anegarme.

Pero en estas vacilaciones la bula condenatoria estalla, el corazón de Lutero se siente herido, y la separación eterna se consuma. Para mayor tristeza, el teólogo de la disputa de Leipzick lleva el encargo de publicar y difundir la sentencia de Roma. De esta suerte, el sentimiento de Alemania se declara on favor de su profeta, y en bien pocas ciudades acogen, como debieran las palabras de la Sede Pontificia. Alentado por tal movimiento de la opinión y sostenido por los consejos de su conciencia, Lutero apela del Papa al Concilio, como apelaría, si el Concilio le condenara también, á la conciencia humana. Corre la mañana del 10 de Diciembre de 1520. Cerca de la puerta oriental de Witemberg campea una hoguera, circuida por bancos que componen vastísimo anfiteatro. A las nueve de la mañana, sin presentir el espectáculo que iban á ver, regocijados y en tumulto, gran muchedumbre de frailes y estudiantes se situaban en aquel extraño sitio. Bien pronto apareció de aire batallador, centelleando en su mirar fulgurantes relámpagos, con resolución que se apartaba mucho de sus antiguas vacilaciones, el doctor Lutero, cargado de libros eclesiásticos, á cuyo frente iba la bula del Papa impresa en gruesos caracteres. A la vista del profeta, un grito resonó en aquella multitud, grito semejante al que un día lanzaran poseídas por la embriaguez de la victoria, con el furor de su venganza las huestes de Alarico y de Genserico, penetrando por las brechas de la ciudad Eterna para desquitarse en una orgía de sangre y fuego y en un holocausto de innumerables víctimas del deshonor y de la servidumbre de sus padres. Y en efecto, la hoguera arde, la bula del Papa desaparece en sus llamas; y el resplandor y el humo forman, á manera de arrebolada nube, el ocaso de la Edad Media y el oriente de la Edad Moderna, puesto que suena en los aires la campana de rebato, llamando á los alemanes á la revolución religiosa.

La quema de otra bula pontificia nueva en la revolución francesa renovó el escándalo sucedido entre los albores del siglo décimo-sexto. No tuvo la importancia y la trascendencia de la primera guerra, está más reciente, pero movió mucho ruido en el mundo y dejó impreso en la sociedad en signo indeleble que aún hoy se llama libertad religiosa, libertad de imprenta, y enseñanza, desamortización eclesiástica, estado civil y laico. Naturalmente, al abrirse la Cámara legislativa y encontrarse con los problemas legados por la Cámara constituyente, chocó en dos capitales: en el problema de los emigrados rebeldes fuera, que producía la irrupción extraña, y el problema de los curas ortodoxos que producía dentro la guerra civil. Y no tenían más remedio los diputados de la recién congregada legislativa, que imponer á los emigrados rebeldes el hogar francés con el reconocimiento de las nuevas leyes, y á los sacerdotes refractarios la constitución civil de la clerecía y el juramento cívico mandado prestar al conjunto y suma de las instituciones revolucionarias. En Setiembre del noventa y uno se reunió el Congreso, en Octubre había suscitado la cues-

tion de los clérigos. Couthon comenzó las deliberaciones en demanda de urgentes nuevas disposiciones legislativas, encaminadas á recabar sumisión y obediencia del insumiso y rebelde sacerdocio. Ya conocemos á este hombre. Paralítico, toda la inmovilidad, á que le constreñía en sus miembros inferiores la parálisis, compensábase con el movimiento y soltura de su lengua, tan voluble como fácil. Bueno por naturaleza en la vida privada y en el trato social, imaginábase que las complacencias con sus amigos privados le obligaban á no transigir jamás con sus enemigos políticos. Hablando por su inmovilidad desde cómodo asiento en plena Cámara, y promoviendo la compasión de los demás con sus enfermedades, no consentía transgresión alguna en el rito parlamentario, y no se compadecía, ni de los mismos que se compadecieron de su persona malherida sin reservas y lloraron sus irremediables cuitas de verdad. En su ánimo personal, como en todos los demás, dejó la fuga del Monarca indeleble huella y produjo explicable revolución. Antes de la fuga creyó en el pacto entre la Corona y la Nación; tras la fuga creyó en su irremediable incompatibilidad. Constitucional en Junio del noventa, fué jacobino en Julio; desde tal mes la exaltación de su espíritu no tuvo límites; y la fiebre continua de su maleada sangre se pegó á su pensamiento y á su alma. El mismo decía de si mismo que le quedaban vivos tan sólo el corazón y la cabeza. Un poco académico en su aire, como las figuras de aquellos cuadros á la moda: con grande armonía en las líneas de su cuerpo y escasa expresión en el rostro; la frente sin arrugas y serena como transparentando un alma tranquila y con visos de imperio interior sobre sí mismo para demostrar tenía sobre su voluntad el dominio perdido sobre sus músculos; el mal mismo, azote perpetuo de su naturaleza, le daba notoriedad pública é influencia, nunca desaprovechadas por él cuando las creía indispensables al desarrollo de sus ideas y al crecimiento de su política. Para mover al auditorio en su pro, hablaba de las desgracias suyas y de los males, en guisa del mendigo que tiende la mano á pedir limosna; y para conmover daba con el raciocinio frío de los argumentos el grito doloroso de los males. La característica intelectual de Couthon aparece análoga con todas cuantas señalan y distinguen las almas de aquel tiempo ardoroso y de aquella generación innovadora; una especie de cristianismo templado por la razón á lo Rousseau. Así, cuando hablaba de los curas ortodoxos, para pedir la represión de sus maniobras y el castigo de sus culpas, habla de religión. Pero, en cuanto cae de sus labios tal nombre, apresúrase á explicarlo, diciendo que no confunda el auditorio su religión personal con la religión de los curas, externa é hipócrita ésta, mientras la suya es toda del alma, y el alma está toda en él penetrada de Dios, y en Dios embebida. De aquí apóstrofes, como el siguiente, menos elocuentes que retóricos, más reveladores del estado de su ánimo, también sobre los curas juramentados: «¡Oh, Dios de la verdad!, ¿cómo sufrir que se abuse de tu sacro nombre, y que monstruos sanguinarios continúen todavía llamándose tus ministros?» Sin embargo, no siempre sus arengas políticas toman este aire de sermón católico; al contra-